



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 11. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Marzo 1874. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIV.

SUMARIO.

Revista de Modas, por doña Joaquina Balmaseda. — MODAS: Traje nupcial. — Traje para comida de boda. — Traje para baile con flores. — Traje con túnica. — Vestido adornado de terciopelo. — Vestido adornado con encajes. — Vestido para teatro. — Fichú con hebillas y collar para teatro. — Traje para señora casada. — Vestido con tirantes. — Sombrero para niña. — Peinado Ondina. — Peinado Duquesa. — Peinado Gertrudis. — Peinado Rosalba. — Peinado Aurora. — Peinado Paulina. — LITERATURA: La Esperanza, poesía, por

Eduardo de las Doblas. — Costumbres dinamarquesas, por la Condesa de Araceli. — Los genizos: Tradición árabe, por Nicolás Díaz y Pérez. — Bienaventurados los que lloran, por Bernardo Aparicio. — La hermana de la Caridad, por Ricardo Lita. — El capital de la virtud, por Angela Grassi. — Charadas. — Correspondencia. — Explicación del figurín.

REVISTA DE MODAS.

¡Con cuánta ligereza se acusa de inconstante á la mujer y á la Moda! Hace cinco años, cinco lo ménos, lectoras mías, que con ligerísimas alteraciones llevamos el vestido casi redondo con la túnica, con el pouf, con los recogidos, y no parecemos aún dispuestas á renunciar á él. ¡Ved con cuánta injusticia se nos acusa! Los modelos de primavera que recibo, tienen casi todos la indispensable doble falda, y los que he podido admirar en los conciertos y salones particulares, responden á este mismo gusto, si bien para la Semana Santa se hacen algunos de sola una falda, que se consideran siempre más severos. Tengo noticia de uno que no dejará de llamar la atención por su magestuosa sencillez: es de faya color pensamiento, con volante en el bajo, de 36 cents. de ancho por delante y ensanchando gradualmente, hasta contar cerca de un metro por detras, ribeteado por arriba de terciopelo y cortado á grandes picos que suben entre las tablas á sujetarse con un boton de terciopelo; bieses de terciopelo negro acaban de formar el delantal, y pouf de la misma falda la enriquece. Cuerpo de chaleco por delante con solapas de terciopelo negro y aldetas en frac, que bajan á acompañar los dos lados del pouf, ocupando el espacio entre las aldetas lazadas de faya: grandes solapas en el frac, bolsillos y vueltas de manga de terciopelo negro. Como novedad, tengo noticia de otro traje llegado de Paris para una de nuestras bellezas aristocráticas, que tiene sola una falda de cuatro varas de largo por detras y recogida á bullones por medio de cordones corredizos que la dejan del largo necesario para la calle, completándola delantal de adorno desigual en cada mitad. Esta hechura, como podéis comprender, no puede ser copiada por manos inexpertas, y su ejecucion exige gran práctica y no poco gusto.

Como estos dos modelos no deben hacerlos perder de vista los vestidos con túnica, siempre dignos de vuestros favores, os recomendaré uno de cachemir y faya azul en dos tonos. La primera falda, de cachemir azul claro, lleva



1. Traje nupcial.

1 y 2. TRAJES PARA BODA.

2. Traje para comida de boda.

bieses por delante de faya azul oscuro, y por detras volante á tablas, sujetas con lazos de faya: túnica de faya azul oscuro, abierta en escote cuadrado, con cuello derecho sobre cuerpo de cachemir, y muy recogida de la izquierda, donde la sujetan cerca del talle dos grandes bandas de faya: las mangas, de cachemir bullonadas, llevan vueltas de faya, y un encaje de lana azul perlado de cristal guarnece la túnica.

Cumpliendo promesas que nunca deben hacerse en

Ayuntamiento de Madrid

valde, voy á hablaros de sombreros de primavera, y para salir más airosa de mi empeño, he procurado que Mad. Grenet, cuyo buen gusto os será conocido si una vez os habeis detenido en su escaparate de la Puerta del Sol, me anticipa sus secretos... por el solo gusto de ser indiscreta una vez en provecho vuestro. Los fondos bullonados triunfan decididamente y harán deliciosos sombreros de primavera. El de forma *Gabrielle*, con fondo bullonado de tul rosa, tiene una, dos y hasta tres alas, descansando en escalon una sobre otra, coquetamente bullonadas y alternando los colores gris y rosa: gran retorcido gris y rosa, con lazo atravesado de un puñal y sujetando un grupo de rosas de musgo, le completa. Otro de tul negro con ribetes en la triple ala azul y rosa, gran lazo negro con hacha de acero damasquino y rosas de los dos colores descritos, es un sombrero que puede pasar por verdadera maravilla de elegancia y distincion. Otro de raso blanco cubierto con un velo de tul rosa bordado de cristal, y con pluma blanca y rosa, estaba destinado á una recién casada, y puedo aseguraros que Elisa habia sabido imprimir toda la poesía del primer amor. Viene despues el sombrero *Victoria*, con ala vuelta, sujeta por lazo y hebilla, hecho en azul mineral de dos tonos, ó en marron y rosa, colores que dan un resultado feliz para trajes y sombreros. En flores, en plumas, en objetos de capricho para sujetar los lazos de los sombreros y de los vestidos, ha recibido esta casa el surtido que hace de ella una de las primeras en gusto y novedad; y en adornos para trajes y en vestidos de niños, tiene verdaderos tesoros que

ofrecer á su numerosa clientela.

Como pasados los dias destinados al recogimiento y la oracion, los salones volverán á recobrar su animacion perdida, no vacilo en recomendaros los cuatro trajes de sociedad que os ofrece este mismo número, en la seguridad de que el artista al dibujarlos, ha sabido interpretar todo el carácter, toda la distincion de la Moda actual. Recomendándose principalmente dos de ellos por su poco coste: los otros dos por su majestuosa hechura.

Los salones son el palenque de la elegancia, el fomento de la industria y muchas veces el emblema de la caridad. Este mismo año, que una dolorosa guerra civil enluta nuestro suelo, las damas han rivalizado en ofrecer sus veladas á la caridad y en promover fiestas y beneficios con destino á los heridos en campaña. ¡Qué hermosa es la juventud y la hermosura cuando emplea sus atractivos en pró de los que sufren! ¡Cuando una mujer se adorna para contribuir á una de estas fiestas productivas, parece doblemente hermosa!

También en peinados os ofrece bellos modelos este mismo número, y yo añadiré que, alguno de ellos empolvado, sería el complemento de la elegancia, sobre todo los números 10 y 11, que tienen el carácter de las cabezas de la época de Luis XV. Las moñas de tirabuzones y los tirabuzones vueltos, que se colocan entre el peinado donde más conviene, son complemento indispensable de un atavío pretencioso, y para toda clase de efectos de peluquería, no olvideis la de la calle de la Puebla, esquina á la de la Ballesta que figura en primera línea para peinar señoras con elegancia.

JOAQUINA BALMASEDA.

### EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

#### 1 y 2. TRAJES PARA BODA.

1. *Traje nupcial.*—Vestido-sotana de faya blanca, abierta la falda y vuelta en solapas sobre un delantal formado por volante plegado, bullones, bieses y plegados de tul. Las vueltas de la falda suben estrechando hasta el talle, y se continúan en el cuerpo con cuello alto adornado por una gola de tul. Cinturon con echarpe anudado por detrás. Velo de tul y corona de azahar.

2. *Traje para comida de boda.*—Vestido de terciopelo negro sobre otro de faya gris perla: el vestido, de terciopelo, se recoge en túnica de los lados, y descende en cola por detrás, adornado de encaje blanco, que se riza en zigzags en los costados: el cuerpo, abierto, sobre chaleco gris, figura abierto también de la espalda, donde va una punta gris con zig-zas de encaje, y la falda gris perla lleva volante con bieses y lazos de terciopelo. Echarpe del color de esta falda sostiene el pouf de la de terciopelo. La falda interior puede ser lo mismo azul, rosa bajo ó boton de oro.

#### 3 á 6. TRAJES PARA BAILE.

Estos vestidos pueden ser reproducidos en cualquiera clase de tela más ó menos rica, sirviendo estos modelos de base para la hechura y para poder variar cualquier vestido ya pasado de moda, con solo ponerle el tul ó tarlatana nuevos.

3 y 16. *Vestido con flores.*—Es de seda rosa ó azul con volante fruncido en el bajo, cuyo cosido va cubierto por un plegado de gasa ó tarlatana blanca á grandes ondas, cuyo rizado sube por los lados á formar delantal, y sobre él van ligeras ramas de flores iguales á las que adornan cuerpo y cabello: un encaje guarnece el cuerpo de peto y postillon y la berta de tul, que cierra en el hombro con lazo y flor. La parte de atras de la falda va cubierta de volantes y pouf de tul, completando el traje echarpe y lazos del color del vestido. El núm. 6 presenta el cuerpo por detras.

4. *Vestido con túnica.*—Falda de tarlatana blanca con ancho volante plegado, bullones y una doble caída de encaje por delante: túnica de faya azul, escotada, abierta por delante y los costados, bordadas las dos caídas que resultan delante y ribeteada de raso del mismo tono: la parte de atras forma pouf. Bieses de faya y raso adornan el cuerpo y la falda de tarlatana. Abanico de pluma, y flores en el peinado: el abanico va suspenso de una cinta igual á la túnica.

5. *Vestido con terciopelos.*—Vestido de tarlatana blanca con cenefas estampadas con plata: la falda lleva por delante ancho volante plegado, con un terciopelo á la pegadura, marcando grandes ondas y cabeza de la cenefa estampada (véase el dibujo); por detrás la adornan dos volantes fruncidos con terciopelo y cabeza, que se repiten en los costados separando ámbos adornos. Tres terciopelos guarnecidos de cenefa de plata bajan en delantal desde el talle, y suben estrechando en el cuerpo hasta debajo de la berta, que está hecha en drapería, y cierra en el hombro con lazo de terciopelo y una rama de enredadera: las flores se repiten en el centro de la berta y en los grandes lazos de terciopelo que sostienen el pouf.

6. *Vestido con encajes.*—Vestido con pouf y cola de faya verde Nilo, figurando túnica un encaje, y encima un volante plegado de la misma tela del vestido. Tres volantes con encaje encima y tres bieses con lazos en el centro adornan el delantal, y el lazo del costado, sobre el

que va una rama de flores, es también de la tela del vestido. El cuerpo, abierto en cuadro, lleva gola de encaje y camiseta interior de tul: manga corta bullonada y terminada por volantes de encaje.

#### 7. SOMBRERO PARA NIÑA.

El fondo, bullonado, necesita un óvalo de 42 cents. de largo por 32 de ancho, haciendo una entrada en pico para las dos patas ó puntas de atras: el ala bullonada necesita un biés de 106 cents. de largo por 6 de ancho, y el borde va ántes ribeteado de faya de tono más bajo. Una tira de pluma que puede reemplazarse por una guirnalda de flores adorna el sombrero, y le completa un lazo en la parte superior.

#### 8 á 13. PEINADOS.

8. *Peinado Ondina, para baile.*—El cabello, ondulado y vuelto de adelante hácia atras, se ata muy alto, y del tronco descenden tirabuzones medio deshechos, mientras la frente va adornada de ligeras sortijillas. Corona de miosotis cerrada por lazadas y caídas de cinta de dos caras, azul por el derecho y rosa por el revés, y de 3 centímetros de ancha. Una rosa á la izquierda completa el adorno.

9. *Peinado Duquesa, para baile.*—El pelo de adelante va ligeramente ondulado, y todo el cabello recogido en un nudo alto y gracioso, del que parten dos trenzas postizas, una á servir de diadema y otra á acompañar el cuello: grupo de rosas y una mariposa de pluma de colores vivos adornan el peinado.

10. *Peinado Gertrudis y berta para baile.*—La berta, de la misma tela del vestido (faya reseda), necesita una tira al biés de 9 cents., forrada de seda blanca, cuya tira va ligeramente bullonada con pliegues en los hombros, guarnecida al pié por un encaje y á la cabeza por biés y plegado de tul: mangas bullonadas de tul. Peinado de bandós rizados y grupo de bucles sobre crepé en la parte superior, adornando el peinado una rosa muy baja y una diadema de oro y piedras.

11. *Peinado Rosalba, para teatro.*—Después de separar la parte superior del cabello y atarle en el centro de la cabeza, se coloca una cinta de color vivo con hebillas de nácar ó de acero, y sobre ella se levanta el resto del cabello por detras y por delante, formando cocas ó bucles sobre crepé muy flojos: algunos tirabuzones cortos adornan el cuello y sortijillas muy vaporosas la frente.

12. *Peinado Clotilde, para teatro.*—Los cabellos de adelante, ligeramente ondulados, van reunidos á la mitad superior de los cabellos de atras, formando una moña ondulada y sujeta con peine de concha: la otra mitad de los cabellos de atras va rizada y suelta, completando el peinado una trenza-diadema que rodea la moña.

13. *Peinado Aurora, para sociedad.*—El pelo de adelante, separado en dos partes cada rizo, se coloca en doble bandó, rizado el superior y levantado el inferior sobre la trenza-diadema, con todo el cabello atado muy alto y repartido en cocas. Una barba de encaje negra con hojas de terciopelo bordadas de perlas, adorna el peinado.

#### 14. VESTIDO PARA TEATRO.

Es de faya color pensamiento, sin más adornos que vueltas en la manga y cinturón de la misma tela; gola y puños de tul blanco: collar de muchas vueltas de azabache graduadas. Con mantilla de encaje, es traje propio de Semana Santa.

#### 15. FICHÚ PARA TEATRO.

Se corta la forma en tul fuerte, que se cubre de tul de seda ó de gasa plegada, orillándole á cada lado un terciopelo negro y formando gola un plegado de tul en zig-zas, que se repite liso en el borde exterior. Lazos con hebillas unidas por un collar completan el fichú.

#### 17. TRAJE PARA SEÑORA CASADA.

Vestido de faya negra con falda lisa por detras y adornada por delante en delantal de volantes, plegados y bullones. Chaqueta con mangas de bullon y hombrera de terciopelo y fleco. Manteleta de encaje negro y cofia de encaje blanco y negro con rosas.

#### 18. VESTIDO CON TIRANTES.

Este vestido es una combinación de faya y terciopelo: la falda va adornada de volantes plegados y terciopelos: la túnica, recogida por detras, lleva delantal con volante plegado alrededor, y por detras un plegado á tachones de faya y terciopelo. Gola y tirantes de terciopelo, sujetos en la espalda y pecho con lazos de pasamanería, y cinturón con aldeta de faya y terciopelo.

JOAQUINA BALMASEDA.

### ESPERANZA.

Cuando pasados los veloces días de la risueña infancia, la inteligencia, por su vida propia huye de agenas trabas; y nuestra voluntad, nuestro deseo, desplegando sus alas, nos hacen presentir dulces venturas en ese mundo que hácia sí nos llama; cuando ávidos buscamos de la vida las dichas ignoradas, todos vemos, con fúlgidos matices, brillar en lontananza la viva luz que nuestro paso guía á un porvenir de bienhechora calma; por eso en tal edad acariciamos mil bellas esperanzas.

Cuando perdida la ilusión primera el primer desencanto hiere el alma; cuando lanzamos el primer suspiro en pos del primer bien que nos rechaza, la ardiente y viva fe con que buscamos las delicias soñadas, vacila, y aparece á nuestros ojos pavorosa, aunque vaga, la sombra del pesar, que muda y fria, con su faz misteriosa nos espanta. Mas huye al fin, aunque su huella deje, aquella inesperada fatídica vision, y á nuestro pecho vuelve la fe que el sentimiento acalla. Perdimos una, sí; pero nos quedan aún muchas esperanzas.

Cuando un grave y profundo sentimiento el corazón embarga, porque en él ha vertido la amargura su esencia emponzoñada; cuando uno en pos del otro, los encantos que la mente soñara han desaparecido cual vapores que el viento lleva en sus veloces alas; cuando buscamos fe que nos aliente y recordamos que la fe jurada en tantas ocasiones, en pedazos siempre vimos caer á nuestras plantas; que donde hallar una virtud creímos tan solo se ocultaban el vicio y la maldad (que por vergüenza con hipócrita velo se recatan); que la verdad que dijo nuestro labio con mentira y perjúrio fué pagada; que tanto mal por bien hemos sufrido, que el corazón, con sencillez incauta, mil veces observó torpes deseos creyendo solo que pasión miraba; que es tan difícil conocer la senda que llegue al fin do nuestro bien se halla, entónces, ¡ay! la aterradora sombra de aciago porvenir, eclipsa airada la bienhechora luz que un tiempo vimos y mil nuevas desdichas nos presagia; y su presencia pasa inexorable sobre el alma angustiada, que lucha en vano, de vencer ansiosa el punzante dolor que la maltrata. Cuánto sufrir!... mas ¿qué dice esa lucha que valeroso traba el corazón?... oh! que áun acariciamos algunas esperanzas.

Cuando ya sin encantos brilladores la existencia del hombre lenta pasa; cuando en su última edad, solo recuerdos de algun soñado bien su mente embargan diciéndole que inútiles han sido las vigorosas fuerzas que empleara para luchar con el dolor insano, porque á ningún mortal respetos guarda; cuando postrado al fin se ve en el lecho, puerta fatal de su postrer morada, y nada espera ya que torcer pueda la consecvente marcha del tiempo, que le anuncia va á cumplirse un plazo que la vida le reclama; si en esa indescriptible última hora de misteriosa calma vuelve hácia el mundo sus cansados ojos, pronto desalentado los aparta; que nada puede ya de sí ofrecerle cuando él á abandonar se prepara.—

Adios, ensueños mil que aquella vida  
con dulces ilusiones sustentaban;  
adios, antorcha que formó la aurora,  
bello sol que alegrará  
su corazón cuando su fe vea  
otro sol de ventura en lotanza!  
Todo muere con él; para él no existe  
ya en este suelo nada!...  
mas, pensais que el dolor haya apagado  
el fuego de su alma  
según que la materia se aniquila  
y cede en esa lucha prolongada?  
¿Pensais quizá que un ay! desesperado  
su corazón exhala,  
y que un desconocido sentimiento  
el pecho le desgarró?  
Os engañais; la vida del espíritu,  
no con la vida material se acaba.  
En el supremo instante en que ya rompen  
espíritu y materia su alianza,  
encendiendo la fé que el alma alienta  
su antorcha sacrosanta,  
le hace ver de una vida interminable  
de delicias colmada,  
más allá del sepulcro que le espera,  
brillar una *esperanza*.

Y si es verdad que el hombre nunca pierde  
la fé en un porvenir que ansioso aguarda,  
yo que ignoro lo que es un desengaño  
de esos que el corazón fieros maltratan,  
yo que desde la cuna amé un deseo,  
y que por suerte rara  
no confundí jamás lo despreciable  
con lo digno de elogio y alabanza;  
¿cómo ciego podré negar que exista  
el bien soñado que mi mente halaga?  
¿Cómo al ver ese rostro, claro espejo  
cuya blancura á la pureza iguala  
de tu alma angelical, ¿cómo es posible  
que no ame una *esperanza*?

Julio de 1873.

EDUARDO DE LAS DOBLAS.

### COSTUMBRES DINAMARQUESAS.

Consideramos generalmente á la Dinamarca como á un país pequeño é insignificante, indigno casi de fijar nuestra atención, y sin embargo le concedemos una viva simpatía, por la única razón de haber estado largo tiempo oprimido. Aparte de esta simpatía, propia del carácter generoso y apasionado de los meridionales, no estamos lejos de considerar al pueblo dinamarqués como un pueblo de salvajes.

Esto no es cierto, y muchas señoras y aun caballeros españoles, se sorprenderán al saber hasta qué punto llega allí el desarrollo de la instrucción, tanto que algunas de las señoritas que pasan aquí por prodigios, harían un papel muy desairado en la sociedad danesa. A su vez, allí no acertarían á comprender que una jóven bien educada no conociera las obras de Sócrates y Homero, que no supiese hallar la diferencia entre una pintura de la escuela italiana y otra de la escuela alemana, que no cultivase la música, que no estuviese familiarizada con las principales lenguas que se hablan en Europa, y por último, que no coronase todos estos diversos conocimientos con el más útil y trascendental de la economía doméstica.

Poseyendo tan variada y sólida instrucción, es fácil adivinar cuán agradable será el trato de la mujer danesa, y dulce la vida íntima.

En invierno se reúnen por las noches alrededor de la lámpara, y se entregan á las más prosaicas tareas, tales como zurcir medias, remendar la ropa blanca, ó coser las camisas de sus padres ó hermanos, mientras una de ellas, ó bien un individuo de la familia, ó un amigo íntimo, leen el libro nuevo, prefiriendo siempre los más serios é instructivos. A veces una melodía tocada en el instrumento favorito, viene á interrumpir la lectura y á dar grato esparcimiento al ánimo. A pesar de que suelen reunirse siempre las mismas personas, y por espacio de muchos años, no se aburren, porque su variadísima instrucción les permite ocuparse de mil objetos distintos, y la conversación suele ser siempre amena y animada.

Una ó dos veces por semana reciben á los amigos, y entonces se encienden las arañas y las partituras salen de sus carpetas para ser interpretadas por aficionados que son verdaderos artistas. En los intermedios, los hombres entablan conversaciones científicas, las mujeres es-

cuchan ó intervienen tímidamente en la conversacion, pero dejando traslucir con una sola palabra que no les son extrañas las materias más abstractas.

No se crea, no obstante, que en esas reuniones reina siempre una gravedad enojosa, porque las francas risas de los jóvenes prueban que también saben emplear las chanzas alegres y discretas.

Aun en las casas más ricas, en donde los criados pululan en las antecámaras, son las señoritas las encargadas de servir la cena en el salón. Los convidados no se colocan ceremoniosamente alrededor de una mesa: en cualquier rincón en que se hallen, sentados ó de pie, reciben una servilleta pequeña, un plato, un tenedor y un vaso, y luego sucesivamente los manjares, los dulces, el vino y el ponche. Terminada la cena se baila, y á una hora regular los convidados se retiran, despidiéndose para la próxima velada.

En los países del Norte se siente ménos el frío que entre nosotros, por lo bien preparadas que están las habitaciones. Hay ventanas dobles en todas las casas y estufas de porcelana que llegan hasta el techo, caladas y de estructura gótica, esparcen por todas partes un calor suave y agradable. Entre las ventanas y las contraventanas forman invernaderos de flores, que, aunque pálidas, alegran la vista y el corazón.

En la calle ya es otra cosa: hombres y mujeres salen vestidos de pieles, pero las segundas, á pesar de tener el cutis muy fino, jamás se cubren el rostro con el velo. Van en trineo, que rápido como una flecha, corta el viento, y solo se oye el alegre ruido que producen las campanillas de sus caballos, lujosamente enjaezados. Llegan á los lagos helados, las jóvenes bajan del trineo, y tan aptas para los ejercicios de la inteligencia como para los del cuerpo, calzan sus patines y se deslizan con una gracia púdica sobre el hielo. Las mamás y las personas tímidas se sientan en sillones, que los caballeros galantes se encargan de empujar haciéndolos describir mil curvas algebraicas sobre el terso cristal de las aguas. Un vaso de ponche caliente viene de cuando en cuando á reanimar las fuerzas y á aumentar el alborozo.

En verano no se reciben visitas en las casas. El punto de reunión suelen ser los bosques, en los cuales se construyen con este objeto kioscos grandes y elegantes. Allí se sirven las cenas al resplandor de los faroles venecianos y las antorchas, mientras una orquesta hace resonar los ecos con sus brillantes tocatas. En donde no hay kioscos, la escena ofrece una perspectiva todavía más bella. El bosque á veces abre sobre el mar; se encienden grandes fogatas que tiñen las ondas espumosas con reflejos de oro, los árboles con un hermoso color verde bronce y que envían al cielo columnas de humo azulado, mientras la gozosa familia dispone su festín sobre el musgo y lo saborea entre cantos y risas, teniendo la bóveda celeste por kiosco y el murmullo de las ondas y el viento por orquesta.

Un rasgo particular del carácter danés, es su aptitud y su constancia para consagrarse á una especialidad y sobresalir en ella; otro rasgo no ménos digno de respeto, es que allí no hay clases sociales, nivelando á todas las personas entre sí el talento y la instrucción. Las señoritas que se dedican á una industria cualquiera, y que atendidas á su trabajo, con escasez de recursos, no se hallan en el caso de dar convites ni vestir con lujo, son sin embargo admitidas en todas partes y aún más obsequiadas que las que viven en la opulencia.

La literatura revela con suma elocuencia las costumbres y el carácter de los habitantes de Dinamarca, como sucede con la literatura de todos los países del mundo, siendo á la vez seria y graciosa, fantástica y positiva. Las leyendas, que encierran siempre una profunda moralidad, tienen un encanto vago y misterioso que sorprende á la imaginación y conmueve dulcemente el alma. No son los arranques apasionados y turbulentos de la musa del Mediodía, sino la musa melancólica y apacible del norte que llora resignada, y que solo se alimenta de abnegación y sacrificios.

LA CONDESA DE ARACELI.

### LOS GENÍZAROS.

(Tradicion árabe).

I.

Jeni-cheri significa en turco *la nueva tropa*.

Los genízaros fueron una milicia popular permanente, formada á principios del siglo XIV, por el gran sultán Orjan, con el nombre de *Genízaros del sultán*.

Los escritores europeos disienten sobre este punto.

Unos dicen que fué creada en 1362 por Amurat I.

Otros que lo fué por Bayeceto I en 1389.

Esta tropa, terror y espanto de la cristiandad, se reclutaba de entre los cristianos, mediante un *tributo de niños*, impuesto á los padres que profesaban la religion de Cristo.

Era una especie de quinta á que no contribuían los musulmanes.

Solo á principios del siglo actual se consintieron reclutas de origen turco.

Arrebatados pues los niños cristianos á sus padres y á sus madres, eran educados en la fe mahometana y sujetos en un todo á la más rígida disciplina militar.

No se les permitía el matrimonio.

El tesoro de los sultanes los pagaba con esplendidez.

Por consiguiente, aquellas máquinas de guerra que se hallaban desligadas de los vínculos de la familia, sin parentesco entre sí, y sin otros lazos que el de una severa ordenanza, fueron en un principio el más fuerte sosten de los sultanes, que les debieron sus mejores días de gloria y esplendor.

Ligados á ellos por el vientre, tomó aquella rara milicia por bandera las ollas de sus ranchos.

El gorro de los soldados llevaba, á guisa de plumero, una cuchara de palo.

El jefe supremo tenía por título: *El Cocinero Magno*.

El segundo se denominaba: *El Gran Pinche*.

El tercero *El Gran Aguador*, al que seguía, *El Gran Panadero*, y así sucesivamente, cada jefe se enorgullecía con un nombre culinario.

No había batallones.

La reunion de varias compañías se llamaba *Un fogón*.

Y por raro que todo esto parezca, tales denominaciones han durado desde el siglo XIV hasta el año 1826, en que la institucion fué exterminada.

La costumbre santifica esta clase de denominaciones.

No se llama Sumo Pontífice al obispo de Roma?

Y qué es Pontífice?

Carpintero que hace puentes.

II.

Los genízaros fueron exterminados en 1826, porque aquellos soldados, en vez de servir á quien los pagaba, se dedicaron en estos últimos siglos de su existencia á deponer y elevar sultanes á su antojo.

Hé aquí sus últimas hazañas:

El sultán Selin cayó por una insurrección de los genízaros, que colocaron en el trono á su primo Mustafá.

Cuando aquella desenfadada soldadesca lo estimó oportuno, asesinó traídoramente á Mustafá y proclamó á Mahamud II.

El pueblo turco veía con malos ojos aquella causa continua de perturbación, que, so pretexto de crear el orden á todo trance y mantener la ortodoxia de los principios mahometanos, traía al país en perpétua agitación.

Ya muchos sultanes, desde el siglo XVIII, habían pensado deshacerse de ellos; pero siempre les había faltado la ocasión ó el poder.

Pero aquella organizacion corrompida tenia que concluir.

En 1826, los genízaros, que en sus principios solo ascendían á 6.000 hombres, contaban dentro de Constantinopla solamente 51 fogones.

El sultán había destacado de cada fogón 150 genízaros para que aprendiesen la táctica moderna, bajo la dirección de oficiales egipcios.

Mahamud II dispuso pasarles revista el 14 de Junio, y al empezar las maniobras, los soldados se amotinaron, quejándose de aquellos ejercicios á que no estaban acostumbrados; se desbandaron cometiendo todo género de excesos, y al día siguiente rompieron las ollas, que era su señal de abierta rebelion.

Entonces el sultán hizo tremolar en la mezquita del gran Ahmed el estandarte verde del Profeta.

Más de 6.000 hombres al mando del visir, cercaron la plaza del Almeidan, donde los amotinados se habían reunido en número de 20.000.

La mitad de estos perecieron á las descargas de la metralla.

Los demás á los golpes del pueblo.

Sus cuerpos fueron arrojados al mar de Mármara, y Constantinopla dejó de alimentarse de pescado durante un año.

Así, pues, concluyó una de las más famosas milicias que ha habido en el mundo, porque habiendo empezado por ser el terror de los enemigos exteriores y el más fuerte sosten del orden en el interior, acabó por convertirse en un perpétuo motivo de desorden y en una fuerza de muy escaso valer el día del combate.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.



3. Traje para baile con flores. (Véase el núm. 16)



5. Traje para baile con terciopelos.

## BIENAVENTURADOS

## LOS QUE LLORAN...

La vida del hombre es una serie continua de desgracias, el sufrimiento está encarnado en nuestra existencia material, es nuestro modo de ser.

Porque los seres solo son felices cuando cumplen su misión, y la misión del hombre es mucho más alta, inmensamente más elevada que la de existir en la tierra.

Por eso llora el niño cuando nace, y jamás se arranca un suspiro de dolor moral al moribundo.

Porque el hombre presente sin duda al venir al mundo lo que en él le está destinado, é inconscientemente más tarde se da cuenta de ese más allá de delicias sin fin, de ese más allá que anhelamos cuando la muerte corta el hilo de nuestra existencia.

Llorar y sufrir; hé aquí nuestro destino en este mundo; llorar y sufrir; hé aquí los únicos goces de la humanidad.

Porque aunque parezca un contrasentido, llorar y sufrir es un goce cuando las lágrimas se han vertido y el sufrimiento se ha llevado con resignación.

Por eso la conformidad con los decretos del Supremo, es la única felicidad á que podemos aspirar en la tierra.

Y que esto es así, basta abrir cualquier hoja del libro de nuestra vida, y el acontecimiento ménos importante, el hecho que más desapercibido ha pasado para nosotros, nos demuestra que en nuestro sér hay algo contrario al placer continuado, en nuestro organismo algo que se opone al goce eterno.

Y en medio de nuestro sufrimiento, cuando la resignación ha entrado dentro de nosotros mismos, hallamos un placer inmenso, porque un placer es saber mitigar nuestro dolor.

El goce continuado nos cansa, hastía el alma y sentimos un malestar que no nos explicamos, pero que parece hasta robarnos la tranquilidad.

El goce perpétuo embota los sentidos, el sufrimiento despierta el sentimiento y las afecciones del alma.

Porque la felicidad es muy egoísta.

Y es egoísta porque no puede ménos de serlo, porque la felicidad de la tierra es tan efímera, que tememos perderla al menor contratiempo.

Y para ocultarla sufrimos.

En la misma felicidad hay un sufrimiento que es el sobresalto, la intranquilidad de su posesión por legítima que sea, por asegurada que creamos tenerla.

El hombre que cree poseerla, es como el avaro dueño de inmensas riquezas y que no las disfruta por no disminuirlas.

Y esta misma intranquilidad hace que la felicidad no merezca este nombre porque no es completa, porque no es eterna, cualidades esenciales de la misma.

Y la prueba de que nuestra felicidad no puede estar en este mundo, la tenemos en nuestro mismo organismo, en el organismo de la creación.

Todo convida á la melancolía, todos nuestros pensamientos son más bien tendiendo á la triste reflexión que á la algazara y la alegría.

El ruido de la brisa que juega con las ramas de los



4. Traje para baile con túnica.



6. Traje para sociedad con encajes.



Pl. 205.

Stich u. Druck v. G. Brinckmann.

EL CORREO DE LA MODA  
*Periodico ilustrado para las Senoras.*

Plaza de Prim II, 3.

Ayuntamiento de Madrid

sáuces, el suave murmullo del arroyuelo manso, el dulce canto de las aves, los primeros rayos de la aurora de la mañana y los últimos de la tarde, todo lo que parece denotar alegría, produce la meditacion, y de la meditacion á la melancolía no hay más que un paso.

¡Cuántas veces solos, á las orillas del mar, y viendo descender á Febo bajo las espumosas aguas del Océano do-

fre, y el que sufre siente, y el que no está exento de sentimiento se inclina al bien, que es el único goce que puede haber en la tierra.

Hé aquí por qué decimos que llorar y sufrir es nuestro destino.

*Bienaventurados los que lloran!*

BERNARDO APARICIO.



8. Peinado *Ondina* para baile.

radas las cúspides de las montañas rodeadas de las fimbrias de una nube, se habrá desprendido de nuestros ojos una lágrima de melancolía! ¡Cuántas veces á la contemplacion de la naturaleza, recordando lo efímero de cuanto nos rodea, se habrá escapado un suspiro de dolor de nuestro pecho!

Llorar! una lágrima de dolor despierta nuestros sentimientos, desahoga nuestro corazon y hallamos un consuelo en este lijero desahogo, una especie de oculta satisfaccion en la resignacion de los padecimientos que nosotros mismos no sabemos explicarnos, pero que es un bálsamo que cicatriza las heridas de nuestra alma.



7. Sombrero para niña.



9 Peinado *Duquesa* para baile.

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

por  
A. BOURDOIS

TRADUCIDA LIBREMENTE DEL FRANCÉS.

I.

Hallábame en Burdeos hácia fines del año 18... y en los ratos que me dejaban libres las ocupaciones que tenia en aquel punto, me dediqué á recorrer la poblacion y visitar los monumentos más notables de esta ciudad de Francia.

Al pasar por delante de la parroquia de San Juan,



10. Peinado *Gertrudis y berta* para baile.



11. Peinado *Rosalba* adornado de hebillas.

Una lágrima de dolor es un desahogo de nuestro espíritu.

¡Cuántas veces dariamos la mitad de nuestra vida porque no se seicara en nuestros párpados! ¡Cuántas veces nuestras megillas se habrán hallado sedientas de esa perla que calma el ardor de nuestro rostro en las horas de crueles padecimientos.

Una lágrima, es una perla de rocío que brota en la flor de nuestra existencia, y apénas libres de ella nuestros ojos, se elevan instintivamente á la morada del Eterno.

Por eso sin duda, un día de llanto regenera de toda una vida de disipacion, por eso el recuerdo de un día de llanto nos hace amar la felicidad, que sin ese recuerdo seria para nosotros un diamante oculto en el seno de los mares.

Un carácter risueño, casi nos atreveriamos á decir que no ha sabido gozar de las pocas delicias que puede brindarnos esta vida; un carácter melancólico su-



12. Peinado *Clotilde*.

llamó mi atencion una larga hilera de lujosos carruajes que se hallaban parados á la puerta de la misma. Picóme la curiosidad y entré en la iglesia.

El coro reservado se hallaba ocupado por personas elegantes y distinguidas.

Penetré como pude por entre aquella multitud, y aprovechando un claro entre las cabezas que ondulaban por todas partes, pude distinguir al pié del altar á un sacerdote que estaba en aquel momento dando la bendicion á dos jóvenes.

Al instante comprendí que se trataba de una ceremonia nupcial.

El joven podria tener unos 25 años, y su cónyuge 19. El joven manifestaba hallarse en aquel momento poseido de la mayor felicidad. La novia parecia invocar la proteccion divina, á la cual confiaba su destino. Era una joven de una rara belleza; más que un ser mortal, parecia una de las magnificas creaciones de Rafael.



13. Peinado *Aurora* con adorno de encaje.

Detrás de los recién casados había un anciano de aire respetable y que contaría unos 60 años.

Cerca de donde se hallaba el anciano, había un sillón desocupado, y al lado de este se hallaba sentada una hermana de la caridad, de edad ya algo avanzada, y con el severo traje de su orden.

A estos personajes seguían los amigos y convidados.

Los rayos que despedían los cirios que los recién casados tenían encendidos, daban sobre sus pechos y hacían brillar en ellos un objeto. Pude aproximarme y vi con sorpresa que los esposos estaban condecorados. ¡Dos legionarios de 44 años entre los dos! Estas dos cruces, de pequeñas dimensiones, parecían ocultarse humildemente. Eran dos joyas de oro y diamantes; eran una obra exquisita de arte.

Este descubrimiento preocupóme del todo. El joven podría ser algún militar; algún oficial que hubiese ganado la cruz en el campo de batalla...

Pero la joven, de 19 años, de mirada tan límpida y pura... ¿Cuál podría ser la causa de esta distinción?

Y aquel anciano solo, aquel sillón vacío y la hermana de la caridad... Todo aquello llamaba mi atención sobremanera.

En uno de los extremos del coro vi un anciano cuya franca fisonomía inspiró toda mi confianza. Llegué, no sin pena, hasta él, y le dije atrevidamente:

—Dignaos excusarme la indiscreción de mi pregunta; me figuro que sois algún amigo de la familia á la que pertenecen los jóvenes que acaban de recibir la bendición nupcial.

—Un amigo y pariente, respondióme el anciano con un tono de voz muy dulce.

Animado por esta benevolencia, continué:

—El joven es militar sin duda? dije yo con el aplomo de un hombre que quiere dar una alta idea de su perspicacia.

—No, señor; contestóme mi interlocutor.

—¿Puede, continué yo con ménos confianza, que sea algún oficial de nuestra brillante marina?

—Sois algo curioso, caballero, me respondió mi desconocido, pero no estais muy acertado en vuestras conjeturas.

—Dios mío! le dije, dignaos excusarme de nuevo, pero me hallo tan preocupado con el cuadro que se presenta á mi vista... ese anciano solo, ese sillón vacío, esa hermana de la caridad y esa joven de 19 años condecorada...

—Esta vez, dijo el anciano, habeis adivinado... 19 años es justamente la edad de nuestra bella Emilia.

Animado por este semi-éxito, continué dirigiendo á mi interlocutor una mirada investigadora.

—Y sus padres?

El anciano contuvo una lágrima.

—Es huérfana, me respondió; y reprimiendo su emoción, añadió con la más franca cordialidad. Es preciso que os abandone, porque ya ha concluido la ceremonia; pero si quereis, caballero, hacerme el favor de hallaros mañana á las once en el café de la Bolsa, donde voy á almorzar todos los días, tendré el placer de veros y satisfacer vuestra curiosidad.

Quedé solo y tan confundido, que me prometí ser muy exacto á la cita.

## II.

A la mañana siguiente, á la hora convenida, fui al café de la Bolsa, donde hallé á mi desconocido sentado á una mesa, en la que había dos cubiertos.

—Sentaos aquí, me dijo al momento que me vió, y almorcemos.

Acepté una invitación tan cordialmente ofrecida.

Durante la comida entramos en relaciones más íntimas; la casualidad hizo que mi amable anfitrión conociese mi familia, con la cual había tenido frecuentes relaciones; cuando me dijo su nombre me acordé de que allá en mi infancia había efectivamente oído hablar mucho de él; era un hombre de modales distinguidos y de mucha instrucción; había sido largo tiempo profesor de retórica en uno de los colegios de la capital, y vivía actualmente retirado en Burdeos, su país natal, en casa de su cuñado M. de L., uno de los más ricos banqueros de la ciudad.

M. de L. hacía cinco ó seis años que había perdido á su esposa, la que le había dejado un hijo, único en quien había cifrado todo su amor y toda su esperanza.

Cuando hubimos tomado el café, me dijo mi nuevo amigo:

—Un hombre honrado no falta nunca á su palabra, y me acuerdo muy bien de que ayer me comprometí á satisfacer vuestra gran curiosidad; no creo que haya disminuido hoy, y estoy pronto á cumplir mi promesa.

Descansó algunos momentos, y al cabo de ellos se expresó en los siguientes términos.

## III.

En el mes de Agosto último, hácia el principio de las vacaciones, llegó á Villafranca Armando de Beaumont, después de haber sufrido un brillante exámen en París, donde estudiaba la medicina; llegaba con la mayor alegría por volver á ver á su excelente madre.

La señora de Beaumont era generalmente querida y estimada en Villafranca; vivía de una pensión que cobraba como viuda de un Capitán general, y de una pequeña renta vitalicia, legado testamentario de un pariente que la había educado. Esta renta le era suficiente para vivir de una manera honrosa, y atender á los gastos de educación de su hijo y de su sobrina.

Armando de Beaumont tenía 22 años; sus estudios habían sido constantemente coronados por el triunfo, y parecía deber estarle reservado un dichoso porvenir.

Emilia R., su prima, tenía 19 años y poseía todos los dones de la naturaleza: la señora de Beaumont la había recogido después del fallecimiento de una hermana viuda que había dejado á esta joven huérfana y sin fortuna. Por costumbre, Emilia llamaba *madre* á la señora de Beaumont, quien la profesaba un apasionado cariño, confundiendo con su propio hijo en el amor de su corazón.

La llegada de Armando fué un acontecimiento en la pequeña ciudad de Villafranca, como igualmente un día de alegría y felicidad para su familia.

¡Todo el mundo deseaba ver al joven doctor en ciernes, que prometía ser un día el orgullo del claustro!...

La señora de Beaumont besaba á su hijo con dulces lágrimas, y Emilia abrazaba á Armando como se abraza á un hermano después de una larga ausencia; acostumbrados estos dos jóvenes desde la infancia á amarse, tenían una afección puramente fraternal; sin embargo, la excelente madre alimentaba en secreto el deseo de hacer algún día más íntima esta unión.

Los primeros días de la primavera se pasaron en fiestas y placeres, y pensando en los medios de hacer aún más agradable el tiempo de las vacaciones; la señora de Beaumont participó á sus hijos el proyecto que tenía de ir á ver el mar. Ella no lo había visto todavía, y por consiguiente este viaje le era muy halagüeño. Se convino, pues, desde entónces, en ir á Marsella, y examinar en detalle su magnífico puerto mercante, y después ir á Toulon, á ver su gran puerto militar. Los preparativos no fueron largos. Algunos días después, halagados por las ilusiones que embellecen las primeras horas de una marcha, tomaron el tren, dando un adiós á la casa, ¡cuna de su infancia que abandonaban para siempre! Noticias alarmantes se habían recibido de Marsella y preocupado por algunos momentos á los habitantes de Villafranca; pero hacía ya algún tiempo que no se hablaba de ello, y se tomaba como un rumor sin consistencia noticias tan vagas, que la incredulidad destruyó bien pronto, así como esas ligeras nubes cuyo menor viento las hace disipar en la atmósfera. La alegría presidió al viaje. Durante el camino se hicieron tan gratos proyectos, que debía faltarles el tiempo para gozar de todos los placeres que se prometían.

Admiraban los paisajes campestres que huían delante de ellos y las bellas casas de recreo sombreadas por los árboles.

—Aquí, decía Emilia, señalando una deliciosa quinta, quisiera pasar toda mi vida!

—Sola, prima? decía Armando riendo.

—Oh, nó! primo; con mi familia.

—Si, ¡compuesta de hijos encantadores y un buen marido! Prima mía, cuando nos casemos, compraré para tí este paraíso terrestre.

La señora de Beaumont no hacía más que reír á tan inocentes distracciones.

—Y yo, hijos ingratos, me quedaré sola?

—No madre mía, decía Emilia abrazándola; vos estareis siempre con nosotros!

El trayecto se hizo con esta indiferente alegría.

¡Proyectos de dicha, cálculos de esperanza, que no sois más que un vano sueño que ha de desvanecerse al despertar!

Al aproximarse á Marsella, un presentimiento siniestro y secreto se apoderó de ellos, y al entrar en la ciudad se les comprimió el corazón!...

Parecía hallarse envuelta en un negro manto; las calles estaban desiertas y las tiendas cerradas; la mayor parte de las casas se hallaban inhabitadas, á juzgar por las apariencias; por todas partes reinaba un silencio profundo, síntoma alarmante de una gran calamidad pública. Los pocos transeúntes que se veían iban á pasos acelerados como si quisieran huir de algún gran peligro, y la consternación estaba pintada en todos los semblantes.

Nuestros viajeros cambiaron una mirada de espanto. Abandonaron á toda prisa la estación del ferro-carril, y se dirigieron á la fonda más cercana.

En el trayecto de la estación á la fonda, hallaron una porción de hombres cargados con camillas. Un coche fúnebre pesadamente cargado y cubierto con un paño negro, otro coche lleno de cadáveres apenas cubiertos por las sábanas. Vapores clorurosos se exhalaban por todas partes.

¿Qué significaba este doloroso espectáculo? ¿Es que no había bastantes coches fúnebres en Marsella y habían decomisado los coches de alquiler?

Silenciosos y aterrizados llegaron á la fonda, donde supieron la terrible verdad. El cólera diezaba la ciudad, y ¡justamente en esta época de epidemia habían llevado á cabo su partida de placer!... El primer pensamiento que tuvieron fué el de volverse á Villafranca sin pérdida de tiempo. ¿Pero era aun tiempo de huir? Por otra parte, el tren especial no regresaba á Villafranca hasta dentro de 24 horas, por lo que se vieron obligados á quedarse en Marsella hasta el día siguiente.

(Se continuará.)

RICARDO PALANCA Y LITA.

## EL CAPITAL DE LA VIRTUD.

NOVELA DE COSTUMBRES

por

ANGELA GRASSI

(Continuación).

—¿Qué hay? preguntó D. Eusebio, abalanzándose hácia él.

—Hubiera querido hablarle á V. á solas, balbuceó tímidamente el teniente cura.

—Todo cuanto me concierne puede tratarse á la luz del sol! exclamó D. Eusebio. Hable V.!

El teniente cura dudó algunos instantes, y luego dijo con rostro conturbado y afligido:

—Acaban de entregarme una orden escrita del señor Obispo, quien me manda comunicársela á V. en el instante mismo en que la reciba, aunque su fecha data de tres meses atrás. Se refiere al malhadado expediente que se instruyó hace muchos años acerca de las hojas cortadas del libro de registros.

Calló un breve instante, y luego prosiguió con voz más y más conmovida:

—Valor, D. Eusebio! ¡Es preciso someterse á la voluntad de Dios! El señor Obispo juzga conveniente despojarle á V. de su curato y recojerle las licencias...

No pudo concluir.

Don Eusebio soltó un gemido doloroso, é inclinó la cabeza sobre el pecho. Parecía un fuerte roble abatido de improviso por el rayo.

Los circunstantes se abalanzaron hácia él para consolarle; los que estaban fuera asomados á las ventanas, se precipitaron en la estancia. Levantóse de todas partes un confuso clamoreo de quejas y lamentos, como otras tantas protexas contra la orden cruel que les arrebatara á su buen padre.

Aquella escena dolorosa tenía además otro testigo. Páblo, que había seguido á D. Eusebio y había quedado oculto detrás de los criados, se precipitó á su vez en el aposento, gritando fuera de sí:

—Vámonos, tío, vámonos! ¡Los hombres todo nos lo arrebatan! Malditos sean los hombres!

Aquel sufrimiento era superior á sus fuerzas; sus fuerzas se habían agotado con la lucha de aquel día...

De repente se tambaleó, dió un grito, se llevó ambas manos al corazón, y cayó tendido en el suelo rígido y frío como si estuviese muerto.

Imposible es describir la confusión y el espanto que se apoderó del ánimo de todos al verle en aquel estado.

Por fortuna el médico se hallaba entre los que habían acudido á presenciar el caso.

—Es preciso trasladarle á otra parte, dijo, para que cuando vuelva en sí, no encuentre en su derredor recuerdos de lo que ha pasado.

Cuatro jóvenes transportaron á Páblo á una casa inmediata, y Raimunda los siguió llorando.

También quiso seguirlos Rosalia; pero vió tantas miradas acusadoras fijadas en ella, que llena de vergüenza y de dolor, corrió á refugiarse en su aposento.

El salón en donde habían ocurrido tan desgarradoras escenas quedó desierto. Solo quedaron frente á frente Simeon y el sacristán.

—¿Has avisado tú á D. Eusebio para que no se marche? preguntó el primero al segundo con tono sombrío.

—Sí! respondió este.

—Para qué?

—Para que no pudieras aprovecharte de la confusión de los primeros momentos, llevando á cabo tu intento.

—Eres mi enemigo?

—Debiera serlo!

—Pues mira cómo el diablo ha acudido en mi auxilio, exclamó Simeon con sonrisa burlona. El síncope de Páblo me ha salvado.

Volvió la espalda al sacristan, y se dirigió precipitadamente al aposento de D. Eusebio.

Pero allí se ofreció á su vista un espectáculo extraño.

Don Eusebio, á quien creía al lado de su sobrino, estaba echado de bruces sobre el reclinatorio y sollozando amargamente.

El boquete de la pared, descubierto, mostraba su concavidad completamente vacía.

Simeon quedó inmóvil, con los ojos fijos, con los brazos extendidos...

Había dado el golpe en vago! ¡El diablo le había hecho traicion!

## IV.

## LA LEY DE LAS COMPENSACIONES.

La noche tocaba á su fin: la noche lúgubre y sombría como la conciencia de un malvado.

Negras nubes entoldaban el cielo: profundas sombras cubrían el suelo. Solo se escuchaba de vez en cuando el agudo chillido de las aves nocturnas, ó los lejanos ladridos de un perro que despertaba azorado al oír el ruido que producian la caída del fruto de algun árbol ó el rodar de alguna piedra.

Pero á pesar de lo avanzado de la hora, brillaba luz al través de las rendijas de una puerta. Era la puerta de una casa, la más pobre quizás de la aldea, la más rica sin duda ninguna en caridad ferviente y generosa.

Allí era en donde habian trasportado al pobre enfermo, por ser la casa más inmediata á su morada.

Tendido sobre un miserable lecho, rodeado de su familia, teniendo á un lado al médico, al otro el confesor, batallaba entre la vida y la muerte, y parecia muy próximo á rendir el último suspiro.

Las convulsiones se sucedian las unas á las otras, parecia imposible que en una de ellas no quedasen rotas las fibras de su cuerpo.

A medida que trascurrían las horas, parecia que la muerte fuese extendiendo más y más sus negras alas sobre el lecho en donde gemía su codiciada presa.

—¡Ya no tiene pulsos, ya se va quedando frío, dijo en voz baja el médico al sacerdote, que era el bondadoso D. Julian.

—Infeliz! respondió éste, y ni siquiera se le pueden administrar los auxilios espirituales!

—Seria preciso hacer salir á la familia....

No habia cosa más fácil. D. Eusebio y Raimunda habian caído en aquel estado de insensible estupor en que se sumerge el alma en presencia de una gran desdicha. Permanecian en un rincon del aposento, ámbos asidos de la mano, murmurando ámbos maquinalmente una plegaria, formulada por el corazón más bien que por la inteligencia.

El médico alegó vanos y fútiles pretextos; pero ellos, que querian asirse á una esperanza, por más ténue que esta fuese, se persuadieron de que el enfermo necesitaba de reposo y de silencio, y se apresuraron á abandonar la estancia.

Marta se quedó. Marta, que atraída como todos los demás al salon en el momento de la catástrofe, habia seguido á sus amigos á la casa hospitalaria, se quedó arrodillada á los piés del lecho del moribundo, rezando con el mismo fervor con que habia rezado por sus bienhechores y sus hermanitos adoptivos cuando Dios los habia arrebatado á su ternura.

Páblo habia caído en un profundo letargo; letargo que, segun el doctor, debia terminarse con la muerte.

Las horas corrían, la luz se apagaba.... Por las rendijas de las ventanas entraba un aire frío y penetrante.... el aire que precede á la alborada....

Aunque el médico habia dicho que el enfermo espiraría al rayar la aurora, aunque el sacerdote lo sabia, ámbos cedieron involuntariamente al benéfico influjo del sueño. Habian visto á tantos y tan queridos moribundos! ¡Habian asistido tantas y tantas veces á la suprema agonia del alma que rompe los lazos que la sujetan á la tierra!

El cura y el médico dormían: Marta velaba; Marta consultaba con inquietas miradas el rostro pálido é inmóvil del enfermo....

De repente le pareció que sus músculos se contraían, que en sus labios se dibujaba una sonrisa.

—Oh, Virgen santa! Haz uno de tus milagros! Sálvale! exclamó con acento fervoroso.

Se levantó, se acercó de puntillas á la cabecera del lecho, observó....

Observó durante mucho tiempo, con el corazón palpitante de temor y de esperanza.

Fuese que las titilaciones de la luz, próxima á apagar-

se, borrasen los contornos de los objetos, ya sepultándose en la sombra, ya arrojando sobre ellos un resplandor brillante, fuese que el deseo los revistiera con su fantástico prisma, lo cierto es que Marta creyó por dos ó tres veces ver animarse el rostro de Páblo.

Reconcentró en su vista todas las facultades de su alma, retuvo hasta el aliento para oír mejor el primer suspiro que se escapase de sus labios.

Inútil expectativa!

Los instantes volaban, la lámpara se extinguía, el enfermo continuaba inmóvil.

—Ilusion! todo ha sido ilusion! murmuró Marta con desaliento.

Pero como el naufrago que se agarra á una frágil rama ántes de hundirse en el abismo, ella se asió á una débil esperanza ántes de aceptar la realidad espantosa.

—Si pudiera verle bien! pensó.

Y fué á entreabrir un poco la ventana.

El alba exparcia ya en torno sus sonrosados reflejos, y el sol asomaba su disco de fuego por entre los cortinajes del Oriente.

Las aves salían del nido, los insectos abandonaban el cáliz de las flores, piando los unos, los otros susurrando.

¡Oh, cuán bella, cuán apacible estaba la naturaleza, despertando gozosa y riente de su sueño!

—Allí tanta calma, aquí tanto dolor! suspiró Marta con el corazón lleno de lágrimas: ¡allí la vida, aquí la muerte! ¡Reservaré Dios únicamente para el hombre los tormentos sin goces, los días sin consuelo!

Oyó resonar tras sí un ligero gemido, como si alguien respondiese á sus palabras.

Volvióse precipitadamente, y, oh, milagro!

Páblo estaba incorporado sobre el lecho, con los brazos extendidos hácia la ventana.

De repente sus facciones se animaron, sus mejillas se cubrieron de púrpura.

—Luz! exclamó con acento de embriagadora alegría. Luz! Veo la luz... el alba... el sol! Dios mio! ¡Qué es esto?

Marta se precipitó hácia él.

—Páblo! exclamó temblando de júbilo, mi buen Páblo!

—Eres tú, Marta!.. Eres tú!.. prosiguió Páblo, cogiendo la cabeza con ámbas manos, y contemplándola con éxtasis infinito. Sí, tú debes ser!.. Así te habia soñado!

—Virgen santa! prorumpió Marta desasiéndose de sus brazos y cayendo de rodillas. ¡Virgen de los milagros, sé bendita!

A este grito despertó el médico, el sacerdote despertó!..

Ambos se acercaron al lecho llenos de estupor.

Cuando el primero se hubo convencido de que la última espantosa crisis habia devuelto al enfermo la salud, dijo con tono enfático y campanudo.

—Ya lo habia yo predicho! Todo ha salido como yo lo habia pronosticado... No habia dilema: en la lucha de la naturaleza con el mal, uno de los dos debia salir victorioso. Ha sido la naturaleza. Bendita sea mi ciencia!

Podia hacer alarde cuanto quisiera de su saber, porque nadie le escuchaba.

Marta habia corrido en busca de D. Eusebio y de Raimunda, y estos y los habitantes de la casa, y los vecinos que fueron acudiendo en tropel, llenaron la estancia, hablando todos á la vez, abrazándose los unos á los otros, llorando y riendo al mismo tiempo, y dando fervorosos votos de gracias á la Virgen, autora del milagro...

Los sencillos campesinos mejor creían en la proteccion de la madre de los que lloran, que en las sublimidades de la ciencia. El uno prometia encender un cirio delante de su bendita imagen, el otro adornar su altar con las más bellas flores de su huerta, y todos celebrar una funcion religiosa para eternizar la memoria del portentoso...

No habeis sido nunca desgraciados? ¡No habeis sucumbido nunca á una de esas catástrofes repentinas y espantosas que ponen en peligro á la vez vuestra honra, vuestros afectos y vuestra fortuna? Y si esto os ha sucedido, ¿no habeis visto cómo la Providencia, por los más extraños, por los más inesperados medios, echa algunas gotas de ambrosía en la copa de amarga hiel que apuraban vuestros labios? ¡No habeis experimentado que casi siempre la desdicha que se presentaba con los más dolorosos atavíos á vuestra imaginacion aterrada, en el momento de tomar formas y color, iba perdiendo gradualmente sus lúgubres atributos, para revestirse con las galas de otra ventura, con la cual jamás habiais soñado?

Sí, esto sucede indefectiblemente; y hé aquí por qué nuestros abuelos consignaron en un refran el secreto de la Providencia. *Cuando una puerta se cierra, ciento se abren*, dice el refran; cien puertas ocultas á nuestros ojos, cuya llave poseé únicamente el que cuida de las avejillas y de los leves insectos de los prados.

Por esto, junto al dolor que purifica, desciende de los cielos la resignacion que alienta, arrastrando en pos de sí á la esperanza, que es inmortal como el Dios de quien

dimana. ¡Ah, que no tenia razon Marta en creer que la Providencia reserva únicamente para el hombre los tormentos sin goces, los días sin consuelo!

(Se continuará.)

Con el mayor sentimiento debemos manifestar á nuestras distinguidas suscriptoras, que son tantas las soluciones en verso que hemos recibido á las últimas charadas publicadas en EL CORREO, que no basta el espacio de que podemos disponer en sus columnas para darles cabida.

En la imposibilidad, pues, de escojer, porque todas son ingeniosas y discretas, y no permitiéndonos tampoco la cortesía dar la preferencia á una sobre las demás, porque todas las agradecemos del mismo modo, nos hemos impuesto la privacion de no insertar ninguna.

Las amables señoritas que nos han favorecido apreciarán en lo que vale la delicadeza de nuestro proceder en este asunto.

Hé aquí los nombres de las que nos han remitido la solucion en bellos y sonoros versos, á la charada *Encantadora*, publicada en el núm. 7 del CORREO, correspondiente al 18 de Febrero, Concordia, de Sanlúcar la Mayor; señoritas de Silva, de Plasencia; R. C. C., de Salas; doña Margarita Almería, de Zaragoza; doña Rosario Vivanco, de Sevilla; doña Dolores Armendia, de Santander; doña Concepcion Rodriguez, de Valladolid; doña Higinia Santos, de Madrid; doña Salvadora Lasala, de Valencia; doña Justa Cifuentes, de Barcelona; doña Dorothea Amendi, de Córdoba; doña Isidora Galvez, de Sevilla; D. José Santurce, de Barcelona, y D. Antonio Pardo, de Valencia.

Además hemos recibido las soluciones siguientes á la misma charada: doña Cándida Blanco de Couder, de Madrid; doña Pilar Fortun Gris, de Aguilas; doña Francisca de Rocafort, de Marin; doña Maria Luisa Perez, de Badajoz; doña Aurea Cibeira, de Carballino; doña Teresa Batlle de Peydro, de Almería; doña Virtudes Margelina de Beltran, de Yecla; doña Casta Ibañez, de Madrid; doña Teodora Almagro, de Jaen, y doña Pilar Santero, de Jijon.

\*\*\*

A la charada inserta en el número 9 del CORREO, correspondiente al 2 de Marzo, nos han remitido soluciones en verso: doña Victoria Morales y Sellan, de Madrid; doña Carolina Toga, tambien de Madrid; doña Pilar Fortun, de Aguilas; doña Ruperta Toral, de Zaragoza; doña Antonina Gayeros, de Sevilla; doña Amanda Sanchez, de Toledo; doña Josefa Pimentel y Pimentel, de Valladolid; doña Victoria Lucena, de Gandia; doña Amalia Parset, de Valencia; Sensitiva de Mayo.

## CHARADA.

Si algun nombre omitimos, rogamos á nuestras favorecedoras que nos dispensen, pues en el estado actual de correos y del país, no son pocas las cartas que no llegan á su destino. Lo mismo decimos con respecto á los encargos y reclamaciones de números, por lo que las rogamos que repitan su demanda aquellas personas con quienes nos halleemos en descubierto por estos conceptos, seguras de que no siendo nuestra la culpa, las atenderemos y complaceremos con la mayor puntualidad y esmero.

Epoca crítica es esta en que es preciso que nos ayudemos mutuamente con la tolerancia reciproca y los reciprocos sacrificios.

## CHARADAS.

I.

La segunda y prima con tercera,  
Es ciudad populosa  
Del Egipto, y mi todo pereciera  
En la mar borrascosa  
Cuando al pasar volando allí cayera.

PILAR FORTUN GRIS.

Aguilas 24 Febrero del 74.

II.

Un doméstico animal  
Y una cosa necesaria,  
Son una, dos y tercera,  
De la manera más clara.  
Es la cuarta por sí sola  
De muchísima importancia,  
Por los bienes que reporta  
A las gentes donde se halla.  
El todo es un nombre agosto  
De festividad cristiana,  
Que recuerda á la memoria  
Lo que la pluma no estampa.

GERÓNIMO COUDER.

Madrid 27 Febrero 1874.

## AGUA NACARADA.

ORTELLS.

Esta agua, hermosea, suaviza y devuelve al cutis su primitiva frescura, y hace desaparecer las pecas, granos y manchas sin perjudicar á la salud.

Modo de usarla:

Extrágase como la tercera parte del agua contenida en el frasco, muévase bien la que queda en el mismo é inmediatamente se pondrá en un platito la que se desee consumir en uno, dos, ó tres días devolviendo al frasco la misma agua que se extrajo al principio, y mojado en el líquido contenido en el plato un paño fino de hilo se pasará suavemente por el rostro ó partes que se desee hermohear.

Los pedidos se harán á D. Juan Ortells, Montera, 21, principal izquierda.

Precio de los frascos: grande 16 reales; chico 8.



14. Vestido para teatro.

*La corona de espinas.* — Su carta me ha hecho derramar lágrimas de compasion y enternecimiento. No hemos nacido para la tierra sino para el cielo, y debemos reconquistar nuestra patria perdida por medio del dolor y la resignacion. Con este mismo correo le envío *Las riquezas del alma*.

*Una señora económica.* — En cuartillo y medio de agua se ponen 64 gramos de sal amoniaco, y se hacen hervir allí las alhajas de oro durante media hora, con lo que recobran todo su brillo. Para limpiar el bronce manchado de aceite, se lava con legía ó potasa primero, y despues con la siguiente mezcla: sulfato de alúmina y de ácido nítrico, una tercera parte de cada cosa, y otra tercera de agua. Se limpia el bronce con una franela y se deja secar. Nada es más útil en efecto, en una casa de mucha familia, que una buena máquina de coser. D. Antonio de Paz, de Santander, las vende inmejorables, acompañando sus envíos con una detallada explicacion. Basta que se dirija V. á él para que la sirva al instante, con esmero y economía.

En cuanto á los peinados y artículos de perfumería, no necesito recordarle que hallará cuanto necesite en la *Peluquería Universal*, calle de Topete, número 15.

Ha llegado á nuestras manos un precioso librito titulado *Cartas abiertas*, escrito por don Luis A. Mestre Hernandez, el cual revela por su galana verificación y la enseñanza moral que encierra, las bellas dotes que adornan á su autor, al que



15. Fichú con hebillas y collar para teatro.

CORRESPONDENCIA.

*Una entusiasta suscritora del CORREO.* — La manta de viaje á que alude me parece muy apropiado para su objeto, sobre todo destinándola á una jóven soltera. Sin embargo, puede realzarse más, haciendo las estrellas alternadas en rosa, azul, pensamiento, maíz y punzó sobre fondo blanco, bordando la cenefa con todos estos colores y componiéndose el fleco de los mismos.

Más difícil me es contestar de un modo satisfactorio á su segunda pregunta, toda vez que la Moda exige que adornos y peinados se lleven retirados de las sienes y ocupando la parte superior de la cabeza. Lo único que puede V. llevar es una toquillita María Stuart con las puntas anudadas debajo de la barba.

*En mi aldea.* — Con la moda de los vestidos ceñidos es preciso que el corsé ciña el vientre, lo cual, además de ser higiénico, es necesario para que el vestido siente bien. Si quiere V. un bonito corsé de esta forma, es preciso que se dirija á madame Grand, Plaza de Celenque, n.º 1.



17. Traje para señora casada.



16. Espalda del vestido núm. 3. enviamos la más sincera enhorabuena.

De otra obrita debemos hacer mencion, debida á un niño de catorce años, D. Carlos Plannell y Argüelles, de quien ya insertamos hace tiempo una bellísima composicion. A pesar de que el autor pone por epigrafe á su poema *¿Y qué podrán mis años juveniles, si apenas cuento los catorce Abries? El incendio del Escorial*, bien pensado y bien escrito, desmiente por completo la modestia del epigrafe.

Otro jóven estudioso y distinguido es D. Vicente Mestre y Codina, que publica en esta corte *El Autógrafo*, periódico litografiado á la pluma y que alcanza mayor importancia cada dia.

Por último, recomendamos á nuestras suscritoras *El Telegrama*, periódico ilustrado que da lindas piezas de música á un precio fabuloso.

EXPLICACION DEL FIGURIN 1.114.

Fig. 1.ª Traje de mañana. — Bata de cachemir gris con ancho adorno en el bajo, com-

puesto de patas de terciopelo negro y cintas dobles grises sujetas con un boton negro de azabache. Toquilla de encaje blanco adornado con cintas rosa y punzó, gola de muselina y mangas correspondientes.

FIG. 2.ª Traje para niña de 2 á 5 años. — Vestido de lana ó terciopelo punzó que cierra torcido abotonado con botones dorados. Alrededor del escote y manga bullonada lleva una puntillita, completándose con una camiseta. Las botitas son tambien punzó y cierran con botones de oro.

FIG. 3.ª Traje para niña de 5 á 10 años. — Vestido de lana gris muy claro con adornos de raso azul. La falda y la chaqueta llevan todo alrededor una ruche picada. La túnica, las aldetas de la túnica y la parte inferior de las mangas, un ancho ribete azul. La túnica vuelve á unirse atrás bajo un lazo de cinta azul, sujeta con gran hebilla, y hebillas iguales completan y realzan todo el adorno del traje.



18. Vestido con tirantes.

Las Sras. Suscritoras á la 1.ª y 4.ª Edicion, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO y un pliego de dibujos para bordados todas las Ediciones.

Administracion: Plaza de Prim, núm. 2.

Tip. de G. Estada, D. Fouquet (antes Madra), 7.

Editor-proprietario: Carlos Grassi.